
CAMPOS Y CIUDADES



EDUARDO MARTINEZ DE PISON.
Profesor de Sociología.

I

La ciudad nació del campo, es un producto de él; sólo las antiguas sociedades agrícolas vigorosamente desarrolladas pudieron inventar o soportar los núcleos urbanos y su característico género de vida (1). Y, a la inversa, desde la ciudad nació el "campesino", la figura del agricultor y el ganadero, en oposición al ciudadano, al hombre de la comunidad urbana. No por harto conocida esta imagen simplificada de los orígenes y desarrollo de las ciudades deja de tener importancia. Si el campo creó la ciudad, ésta creó el campesino, y dos modos de vida complementarios y diversos vinieron a coexistir, como dos culturas peculiares y enlazadas, de tal forma que la antítesis rural-urbana pudo en casos alcanzar grados notables, la ruralización de la ciudad invadir todo un modo de vida y la urbanización del campo recrear toda una forma social de existencia.

También es vieja y sugestiva la idea de que la historia de los hombres es la historia de las ciudades, instaladas en un contorno agrícola; Riesman estableció su famoso esquema de la curva en "S" para explicar la historia demográfica, coincidente con la historia de la urbanización (2); por otro lado, se ha hecho común el nombrar las cinco revoluciones que determinaron el desarrollo urbano y, con él, nuestra cultura: la agrícola, la tecnológica, la comercial, la de los transportes y la demográfica; aspectos, en suma, de la revolución industrial. Sería inútil multiplicar los ejemplos.

Julián Marías señaló la inserción de las realidades de origen humano en la Naturaleza; lo natural constituye el mundo en el que se está, con cosas no naturales. Inmersas en él—en el campo—están las aldeas, mientras las ciudades forman un reducto frente a él, aunque poseen una mutua relación; sin embargo, la gran ciudad *actual* se desvincula y desplaza de lo natural, lo excluye y sustituye plenamente por

lo social: crece, se agiganta, ramifica, influye y cambia su contorno en un contagio progresivo. Su expansión hace crecer el número de población urbana y su actividad se vuelve primordial, subordinando las restantes a ella. Un ámbito de artefactos rodea al hombre y en él, cada vez más, se desenvuelve éste en un sentido inmediato. La vida del hombre, tradicionalmente instalada en un contorno natural, fijo, *permanente*, se ve referida hoy a lo social, a lo *móvil* por constitución, a lo inseguro y constantemente en transformación (3).

Desde hace años se habla de los mundos rural y urbano como de dos civilizaciones contrapuestas, coexistentes, como de dos medios, el natural y el técnico, fuertemente diferenciados. El progreso del mundo artificial, cuyo anexo es la ciudad, ese mundo duro, de máquinas, en el que el hombre busca al compañero y multiplica la sociabilidad—a causa de la soledad producida por su continua relación con aquéllas—, hace que el medio técnico tienda a convertirse en modelo de todo. Sus categorías quieren ser aplicadas extensivamente; el prestigio de lo técnico, la tiranía de la exactitud (lo inexacto en técnica es error) se generaliza: lo exacto reemplaza a lo profundo y, desde la industrialización, cunde un creciente desprecio a lo metatécnico. En contraposición, el medio natural—donde subsiste—, de inmediatez humana con las técnicas simples, arcaico, en casos carente de futuro, conforma enteramente otro mundo (4). Esta diferenciación, no exenta, paradójicamente, de cierto tono spengleriano, es sugestiva. Otros, con simpleza, han dicho que el campo es el pasado y la ciudad el futuro; la realidad es una mutua relación, que en el presente aparece como un agigantamiento urbano—a veces gigantismo—y una fosilización o falta de creatividad campesina. Es un fenómeno característico de la sociedad industrial.

Campo y ciudad sólo se entienden en interacción funcional y social, en recíprocas presiones e influencias, incluso negativamente, en sus desvinculaciones.

(1) La antigua ciudad-fortaleza o las ciudades de creación más reciente tampoco son casos distintos: descansan plenamente en el mundo rural; existen en relación con él, dependen estrechamente de él y le transforman según su capacidad y necesidades.

(2) Riesman, David y otros: *La muchedumbre solitaria*. Buenos Aires, Paidós, 1964.

(3) Marías, Julián: *Obras*, II, c. I, 10.

(4) Véase Marcel, Gabriel: *Decadencia de la sabiduría*. Buenos Aires, Emecé, 1955.

En este sentido hemos de intentar una interpretación de los complejos paisajes españoles, en los que la tendencia a la antinomia rural-urbana parece hoy acentuarse gravemente. No hay que olvidar que la gran importancia de este hecho viene determinada por la decisiva urbanización de nuestro mundo actual, que parece realizarse según dos etapas o movimientos, uno centrípeto y otro centrífugo posterior, desde las ciudades (5), junto a un cambio vigoroso de las estructuras tradicionales. De todas formas, este proceso se resuelve con una notable diversidad y desigualdad geográficas (6) Sociológicamente, presenta características especialmente graves cuando aparece relacionado a un intento de desarrollo económico realizado bajo los criterios del llamado "darwinismo social".

Para encuadrar de forma más precisa nuestro caso, sería conveniente recordar ciertas precisiones que Barre esbozó como características de sociedades que se encuentran en circunstancias económicas similares a las de varias regiones nuestras (7). Con ellas podemos perfilar el fondo sobre el que se mueve la situación de los campos y ciudades peninsulares. Por un lado, la perduración de una importancia decisiva de las actividades primarias, que absorben un crecido número de población activa, y el auge notable de los servicios, en detrimento de la industria, en las ciudades pertenecientes a los paisajes más subdesarrollados, en razón de la existencia de "una utilización improductiva de la fuerza de trabajo y, más particularmente, un desempleo disfrazado en la agricultura". Por otro, aparte de la inestabilidad económica originada por lo anterior, la presencia de una limitación de formación de nuevo capital, a causa del

bajo nivel del ingreso real y su desigual distribución, la escasez de demanda de consumo interior, la precaria existencia de mano de obra calificada, la insuficiente infraestructura económica, que conduce a consecuencias perjudiciales; efectos de todo esto "en las regiones menos favorecidas" son los siguientes: "emigración de los elementos jóvenes y activos de población; emigración de capitales, captando el sistema bancario los ahorros de las regiones pobres para orientarlos hacia las regiones desarrolladas, que disponen de mercados más vastos y trabajan en la zona de rendimientos crecientes; regresión de la agricultura, que sigue siendo la actividad predominante, pero cuyo nivel de productividad va en descenso; insuficiencia de los servicios públicos (carreteras, vías férreas, servicios sociales, etc.)". Como consecuencia, las estructuras sociales son "desequilibradas", con escasos grupos de nivel intermedio y un reparto desigual de la riqueza, "desarticuladas" de débil permeabilidad de clases y escasa comunicación entre los grupos sociales. Esto nos conduce a hacer inevitablemente un bosquejo regional de España, desde el que podamos trazar la imagen de sus áreas rurales y centros urbanos.

Sin embargo, antes, y debido a la presencia de la antinomia a que ya me he referido, creo conveniente destacar algunos de los rasgos que caracterizan a los dos medios en oposición. La mayor distancia que separa a las ciudades funcionalmente vivas de España de su campo es el anacronismo de éste respecto a aquéllas, anacronismo que se acentúa cada día al ser la vida y las actividades inerciales y repetitivas en el segundo, en contraste con las de las primeras, más inestables, pero también más creadoras y dinámicas.

Así, una amplia distancia social puede separar al campesino del hombre urbano; la proximidad local nada significa si existe un profundo alejamiento vital. Añadamos al mismo tiempo las posibles distancias económicas—no en nivel, sino en la diferenciación de los sistemas dependientes de la tierra y la industria—, que conforman también sus géneros de vida. Si existen estos ámbitos distantes una quiebra profunda afecta a la sociedad, la "función recíproca"

(5) El primer momento es de absorción, de desecación de los contornos y el campo, y el segundo de urbanización progresiva desde ellas.

(6) Dos libros de síntesis, muy sugestivos, ejemplares por su claridad e iluminadores en este sentido son los de Beaujeu-Garnier, Jacqueline y Chabot, Georges: *Traité de géographie urbaine*. Paris, Armand Colin, 1964, y George, Pierre: *Compendio de geografía urbana*, Barcelona, Ariel, 1964. En ellos se encuentra recogida una abundante y selecta bibliografía sobre la geografía de las ciudades. Véase también la obra de Dickinson, R. E.: *Ciudad, región y regionalismo*. Barcelona, Omega, 1961.

(7) Barre, Raymond: *El desarrollo económico*. México, F. C. E., 1962.

entre ambos se vuelve difícil; debido a la ruptura económica uno de ellos tiende a predominar y absorber al otro, se convierte en ventosa primero y, más tarde, impregnará, contagiará al desfavorecido opuesto—cuando literalmente haya desecado sus formas de vida—de su estructura peculiar; la desvinculación social, ese vivir de espaldas a las otras realidades, ocasiona una reducción del horizonte en cada uno de los grupos, acentúa el particularismo o localismo, da lugar a una adaptación cerrada en los individuos a su alvéolo, olvidando por un lado el resto de la sociedad, en que se inscriben, y tendiendo a interpretarla, por otro, sólo como el reducto limitado, la fracción de ella en que se mueven. En el caso del ámbito relegado a segundo plano, se produce una desadaptación a él en favor del ajeno: se vive de espaldas a la propia realidad en que el individuo se inscribe y que es sentida como un vacío, a causa de la exclusividad social con que se presenta la otra.

Cuando un ámbito no cuenta con el otro se parcializa la vida social, es decir, se empobrece. Hoy las ciudades tienden entre nosotros a representar este papel excluyente; pero no olvidemos que todas las sociedades son en su base rurales: no contar con este hecho u operar como si no se contara con él es negar la realidad misma. Sin embargo, también es cierto que la vida urbana refleja especialmente lo que es una sociedad y es decisiva en ella, porque las ciudades son los órganos de socialización. De ahí su especial importancia sociológica, tanto por su responsable papel directivo e integrador como por la imagen nítida que proyectan, mostrando al observador lo que es la sociedad en que se insertan.

Pensemos en algunas diversidades evidentes entre el mundo rural y el urbano: el sentido, la medida y el empleo del tiempo y el espacio, el tipo de contacto con la naturaleza y la técnica, el hábitat, el carácter relativo de la pobreza y la riqueza, su aspecto comparativo (en que aquélla no es muchas veces sino arcaísmo), densidad de población, relaciones sociales, estratificación, movilidad, haz de posibilidades, sistemas de valores, economía, cultura, trabajo, niveles y géneros de vida, etc.; el medio, las formas de

vida y la organización se revelan diferenciados. Morfología, estructura y función tienen, pues, en cada ámbito, una configuración peculiar, que, en una sociedad equilibrada, deben ser completarias. Cuando se convierten en antítesis el equilibrio queda roto. Sea cual sea la causa, la sociedad sufre un trauma y la población entra en una situación conflictiva; como consecuencia, ciertas formas de vida se desintegran o se repliegan sobre sí mismas defensivamente. Un cambio social se produce, alterando las estructuras tradicionales; sin embargo, el cambio, que en teoría podría parecer conveniente, se desarrolla en la realidad de tal modo que agudiza, en vez de solucionar, los problemas preexistentes, al crear otros nuevos sobre el mismo planteamiento—sin resolver—de los anteriores.

Nosotros vivimos en una sociedad en pleno cambio y en pleno desequilibrio: éste es el trasfondo actual de los campos y ciudades españoles. Si la situación venía creada desde antes por el arcaísmo en todos los aspectos de nuestros espacios rurales (particularmente en los menos desarrollados), la polarización del interés social en las ciudades, la hipertrofia de éstas les ha desvinculado aún más de aquéllos, hasta el punto de relegar el ámbito rural a una significación, a una situación sumamente inferior, rompiendo el ejercicio de la función recíproca en su justo punto y creando una singular artificialidad urbana, que, en muchos casos, empieza a ocasionar en las mismas ciudades un desequilibrio interno, dificultando incluso sus condiciones de habitabilidad. Pensemos en el caso extremo de Madrid, ciudad donde el vivir en *colectividad*, el hecho de las aglomeraciones, es la realidad cotidiana, donde la densidad de población se siente físicamente y en un grado desproporcionado con su número de habitantes, donde las distancias, en tiempo, no están en razón de su proximidad espacial; la ciudad, no acondicionada para su expansión, presenta una situación de hipertrofia que no está justificada por sus dimensiones. Veamos tres ejemplos, referidos a su habitabilidad, muy significativos: la vivienda, los transportes urbanos y el suministro de agua. Las condiciones de la primera (carestía, dimensiones, localización, desajus-

te entre oferta y demanda, etc.) crean continuos problemas de instalación para la gran masa de habitantes (principalmente para los inmigrantes y jóvenes) de la ciudad; en cuanto a los segundos, me refiero especialmente a los transportes colectivos—que son los usados necesariamente por la mayoría—y, de forma más precisa, a los municipales de superficie: su ineficaz funcionamiento es manifiesto, ocasionando con ello unas pérdidas de tiempo colectivas a la ciudad en el transporte de sus habitantes realmente desproporcionadas; pero con la singularidad de que esta pérdida de tiempo no se refiere normalmente a "tiempo de trabajo", sino a "tiempo personal": del escaso tiempo no enajenado con que cuenta el hombre de la ciudad debe restar diariamente una proporción exagerada, que se la consume el traslado de la vivienda al lugar de trabajo, ambos de localización dispersa y siempre alejada entre sí; los quehaceres puntuales se vuelven en la villa sumamente problemáticos, sin que haya razón de distancia espacial que lo justifique. La gravedad del tercer ejemplo es evidente en estas fechas, en que la ciudad sufre una increíble y alarmante privación en su suministro de agua, prolongada ya varios meses. Por todo ello, y en una ciudad cuyas formas de vida han constituido siempre un ejemplo de vitalidad social, se está desarrollando un clima psicológico que empieza a ser característico: el estado sostenido de especial irritabilidad del madrileño común, índice de condiciones urbanas que quedan por debajo de un umbral crítico, para usar la terminología de Chombart de Lauwe. Largo sería hablar también del mundo marginal del suburbio, de las chabolas y calles-cloaca, del que luego haré una breve referencia.

La angostura, la falta de creatividad de la vida campesina y la prepotencia de las ciudades han ocasionado también una cierta inundación de las formas urbanas en la vida rural, formas que aparecen en las aldeas, presas de mimetismo, precarias y deficientes: es contradictorio y conduce sólo al fracaso que el mundo rural, por encontrarse en vacío, pretenda ser urbano. El aldeano abandona hoy la tierra camino del mundo ajeno—la ciudad—que aparece en

su horizonte, porque el suyo le es insatisfactorio; acude a los núcleos urbanos y espera su ingreso en ellos en las afueras suburbanas, muchas veces sin lograr esta nueva vida, perdida ya la anterior. ¿Qué es este hombre, qué significa esta condición de desplazamiento y ambigüedad? Porque ser campesino es más que una profesión, es todo un género de vida, y para él cambiar de oficio significa totalmente mudar de condición, de formas de vida, de modo de ser: ¿qué sustituye a su antigua instalación, más aún cuando no consigue la pretendida condición urbana?

El cambio del campo a la ciudad es ya salvar un abismo, pero salvar la distancia vital de una forma de vida a otra lo hace más profundo y en él se juega el inmigrante su inserción en la estructura establecida de la sociedad o quedar, en expresión elocuente de Marías, a la "intemperie social"; o ¿puede el suburbio, de por sí marginal y excluido, constituir una situación y una condición establecidas? El planteamiento de estos problemas me parece grave, particularmente teniendo en cuenta el masivo despoblamiento actual de nuestros campos en favor de las ciudades.

Pero hay otro factor más que es necesario resaltar: nuestra tradicional insolidaridad. En primer lugar, la insolidaridad local y regional, y, en segundo, la de clases, ambas producto de un sostenido inmovilismo. Esta es una vieja realidad española que matiza nuestros paisajes sociales. Por un lado, los movimientos migratorios tienen una dimensión geográfica interregional evidente. Los puntos de partida son regiones de fuerte personalidad sociológica—Andalucía, Extremadura, Castilla, Galicia—y los de llegada, periféricos, están históricamente dotados de un exclusivismo y repliegue sobre ellos mismos vigoroso—País Vasco, Cataluña, Levante, etc., a excepción de Madrid—. El conflicto del inmigrante se agudiza, pues, al chocar con particularismos y exclusiones locales de alta intensidad. Por otro lado, nuestra jerarquizada e impermeable estructura social ocasiona una marginación apreciable de los estratos menos favorecidos económicamente, en los que se sitúa la gran masa inmigrante. Como consecuencia, caracteriza hoy

a la población urbana la aparición en ella de un amplio y creciente sector proletario, recientemente desvinculado de la tierra, al mismo tiempo que en ésta se desintegran las formas de vida tradicionales sin recrearse otras nuevas y propias.

Una pregunta queda flotando referente a los suburbios: ¿será su porvenir constituir núcleos en que se desarrolle lo que Lewis llama "la cultura de la pobreza"? (8).

Y respecto a nuestros pueblos y aldeas, ¿cuál será su respuesta frente a la invasión de las influencias urbanas? Los límites lugareños no son ya el único horizonte de los habitantes rurales. Recordemos las cuatro posibilidades señaladas por Sprott: la comunidad cerrada-integrada, que en su aislamiento geográfico ha resistido el cambio sin perder su vitalidad; la comunidad cerrada-desintegrada, hostil al cambio y petrificada por él; la comunidad abierta-no integrada, en la que la apertura al cambio ha disuelto la comunidad, y la comunidad abierta-integrada, única con completa salud vital que ha realizado su transformación interna sin perder la cohesión social (9). Hagamos lo posible porque sólo esta última sea factible.

II

Entramos en un paisaje que cuando deja de ser sobrio empieza a ser árido: nuestro campo. Al reseñar antes el esquema de Barre decía que era inevitable trazar un esbozo regional de España. Sin entrar en discusiones sobre concepto tan debatido y tan distintamente utilizado como el de región, es necesario advertir que una rigurosa parcelación del espacio peninsular desde el punto de vista estrictamente

social está aún por hacer. Sin embargo, desde los criterios de la geografía física y la económica, ese espacio ha sido suficientemente estudiado. Para nuestro objeto tienen un indudable interés las regiones naturales, no sólo como substrato real de la vida rural, como escenario condicionante y posibilitador, sino como horizonte vital y circunstancia inmediata del campesino. Si ya de por sí la vida rural entraña un especial contacto con la naturaleza, esta relación se acentúa cuando en aquélla operan decisivamente el aislamiento y el arcaísmo. Estas regiones, además, poseen particularmente tal personalidad que marcan nítidamente, sin ninguna ambigüedad, una diferenciación señalada de los paisajes españoles; costas, amplias depresiones, dilatadas altiplanicies, climas áridos y húmedos que se separan y aíslan entre sí por cadenas montañosas. Sin embargo, no creo necesario establecer aquí un esquema sobradamente conocido por todos. En cambio, sí me parece más útil detenernos en apuntar la configuración de nuestras regiones económicas.

Once regiones peninsulares y dos insulares se han distinguido en este aspecto (10), clasi­ficán­do­las según un criterio de especialización de la siguiente forma: a) regiones no especializadas: Galicia y Sur (bajo nivel económico; economía de subsistencia); b) regiones especializadas: 1. Especialización agrícola. 1.1. Aragón, Duero (cerealista). 1.2. Centro (vitícola). 1.3. Guadalquivir (olivarera). 1.4. Levante,

(8) Lewis, Oscar: *Los hijos de Sánchez*. México, F. C. E., 1965. Características de los grupos que viven la cultura de la pobreza son: "un fuerte sentido de marginalidad, de abandono, de dependencia, de no pertenecer a nada. Son como extranjeros en su propio país, convencidos de que las instituciones existentes no sirven a sus intereses y necesidades. Al lado de este sentimiento de impotencia hay un difundido sentimiento de inferioridad, de desvalorización personal... Tienen muy escaso sentido de la historia. Son gente marginal que sólo conoce sus problemas, sus propias condiciones locales, su propia vecindad, su propio modo de vida".

(9) Sprott, W. J. H.: *Grupos humanos*. Buenos Aires, Paidós, 1964.

(10) Véase Sampedro, José Luis, y otros: *Perfiles económicos de las regiones españolas*. Madrid, S. E. P., 1964. Los perfiles regionales son los siguientes: Galicia (ganadería, pastos, montes, madera); Asturias (minería, ganadería, industria); Norte y Ebro (metales, sustancias químicas, madera, ganadería); Duero (cereales, ganado, montes); Aragón (cereales, vid, hortalizas, montes, industria alimenticia y textil); Cataluña (textil, industria en general, hostelería, agrícola); Extremadura (montes y pastos, plantas textiles, olivo); Centro (vid, cereales, industria); Levante (frutas y hortalizas); Guadalquivir (olivarera, plantas textiles); Sur (olivo y turismo); Baleares (turismo, industria textil y del calzado, ganado, frutales); Canarias (turismo, frutas y hortalizas). Me parece igualmente interesante para entender las diversidades de nuestro campo la distinción que hace Tamames de los tipos básicos de explotación agraria del suelo español; la explotación cantábrica de carácter familiar de ganadería estabulada con producción propia de heno; la explotación familiar de agricultura atlántica de autosuficiencia; el minifundio cerealista de secano, en casos difícilmente mecanizables, de la meseta Norte y parte de la Sur; los regadíos altos del interior; el latifundio fácilmente mecanizable; el no mecanizable de los montes de Toledo, sierras de Extremadura, etc.; los regadíos del

Canarias (hortofrutícola). 1.5. Extremadura (de limitada e incipiente especialización agrícola textil en sus vastos y tradicionales paisajes de dehesas); *especialización minera*, Astur-leonesa; 3. *Especialización industrial*. 3.1. Cataluña (textil). 3.2. Norte y Ebro superior (metalúrgica). 4. *Especialización turística*, Baleares. Esta clasificación, simple pero elocuente, matiza con diversas cualidades el mapa de España, que empieza a sugerir interesantes fenómenos sociales.

Así, las provincias de mayor bienestar económico constituyen una zona continua a lo largo de la periferia norte y este de la Península, sumándose a ella las islas Baleares y áreas del interior como Alava, Logroño, Zaragoza y Madrid (11). Esta zona, en 1960, sólo alcanza el 25,4 por 100 de la superficie nacional y en ella radica el 42,94 por 100 de nuestra población. Las tres cuartas partes restantes de las tierras españolas, comparativamente deficientes en número de habitantes, conforman un área desfavorecida, de muy débil renta *per capita*, con un elevado porcentaje de actividad humana dependiente de la agricultura.

Veinticuatro de nuestras provincias—casi totalmente litorales, excepto Madrid, Orense, Córdoba y Jaén—poseen una fuerte densidad de población; doce una densidad regular—de situación interior menos Almería y Huelva—, y catorce, todas interiores y de

litoral mediterráneo y del Guadalquivir; los montes maderables de los Pirineos y sistemas orográficos del interior; la agricultura canaria de cultivos subtropicales y productos tempranos (Tamames, Ramón: *Problemas de la agricultura española*. Tiempo de España, II. Madrid, Insula, 1964). A efectos sociológicos Amando de Miguel ha distinguido tres áreas o regiones en el mapa de España muy simplificadas y basadas en los poco significativos límites provinciales: 1. Zona industrial (Madrid, Barcelona, Vizcaya, Guipúzcoa, Asturias, Santander, Alava y Gerona.—2. Zona semi-industrial (Zaragoza, Valencia, Baleares, León, Palencia, Valladolid, Lérida, Logroño, Castellón, Alicante, Cádiz, Huelva.—3. Zona no industrial (la extensa área del resto de las provincias); véase Miguel, A. de: *Estructura social y juventud española*. Estratificación económica: participación en la renta y en el consumo. Madrid, Revista del Instituto de la Juventud, núm. 0, agosto 1965.

(11) González Quijano, Pedro Miguel: *Contribución al estudio del mapa económico y social de España*. Madrid, Estudios Geográficos, núm. 93, noviembre 1963. La relación de estas provincias es la siguiente: Oviedo, Santander, Vizcaya, Guipúzcoa, Alava, Logroño, Navarra, Huesca, Zaragoza, Lérida, Gerona, Barcelona, Tarragona, Castellón, Valencia, Baleares, Madrid.

situación altigráfica desfavorable en su mayor parte, presentan una acentuada debilidad demográfica (12). Distribuidos por núcleos de población, los españoles nos repartíamos en 1950 de la siguiente forma: en aglomeraciones inferiores a los 2.000 habitantes, el 39 por 100; en las intermedias entre 2.000 y 10.000, el 24, y en las superiores a 10.000, el 37 restante. En 1960 el número de municipios con más de 100.001 habitantes era de 26, de un total de 9.202, que se situaban casi exclusivamente a lo largo de la periferia peninsular de Cádiz a Pontevedra; de ellos, únicamente tres superaban los 500.000: Madrid, Barcelona y Valencia. La población de todos estos municipios—núcleos urbanos y zonas rurales conjuntamente—suponía poco más del 27 por 100 de la total española. Todo lo dicho indica una elevada proporción de ruralismo que confirma la clasificación de la población activa, según la cual el campo ocupa casi al 40 por 100 de ésta. Su distribución socio-económica es interesante: agricultores empleadores, 5,3 por 100; agricultores independientes sin asalariados, 51,9 por 100; obreros agrícolas, 42,8 por 100. El contraste entre la primera y la última cifra, socialmente relacionadas, es revelador de la estructura campesina, así como las tres lo son del carácter de la propiedad agrícola, por un lado latifundio—pocos propietarios, muchos obreros—y por otro minifundio—, alto porcentaje de independientes sin asalariados.

La densidad de población rural, que es alta en todo el país en relación al número de hectáreas cultivadas por persona activa agrícola en cada provincia, disminuye sólo en los campos cuyos suelos son de gran pobreza; aun así, en éstos supone un índice de 11 a 12 hectáreas por campesino, correspondiendo "la mayor parte de la superficie nacional... a las provincias que tienen un índice inferior a las nueve hectáreas, alcanzando una gran extensión las zonas en que la porción de tierra cultivada por campesino es de menos de cinco hectáreas" (13).

(12) Véase Melón, Amando: *Censo de población de España del año 1960*. Madrid, Estudios Geográficos, núm. 88, agosto 1962.

(13) Véase García Fernández, Jesús: *El movimiento migratorio de trabajadores en España*. Madrid, Estudios Geográficos, núm. 95, mayo 1964.

Si la población española en general aumenta—dos millones y medio entre 1950 y 1960—no lo hace homogéneamente: crece en las ciudades y disminuye en las aldeas; es desigual también según las regiones, no por diverso crecimiento vegetativo, sino como consecuencia de la gran marea migratoria, compuesta, como es lógico, principalmente por obreros y pequeños propietarios agrícolas. Así se explica que más del 75 por 100 del ámbito español—más de la mitad de nuestras provincias—decaiga en población durante este período. Sin embargo, en él todas las capitales de provincia experimentaron un aumento en número de habitantes. Las provincias de mayor crecimiento fueron Madrid, Vizcaya, Barcelona, Guipúzcoa, Las Palmas, Alava, Santa Cruz de Tenerife, Cádiz, Sevilla, Alicante y Oviedo; las ciudades más pujantes en este sentido, respecto a la media nacional de crecimiento, fueron Vitoria, Madrid y Pamplona; por aumento relativo, La Coruña, Bilbao, Santa Cruz de Tenerife, Las Palmas, Zaragoza, León, Valladolid y Barcelona; en cuanto a "la suma de los valores absolutos de crecimiento de todas las capitales de España—1.676.753 habitantes—la conjunta aportación de Madrid y Barcelona representa más de la mitad" (14). Este hecho obedece a una contribución sostenida y penosa de las regiones pobres a las ricas, de las rurales a las industriales, de los campos a las ciudades.

Un hecho comprobable a lo largo de todo nuestro siglo es el aumento progresivo de la población absoluta española, al tiempo que se produce una regresión de la rural y un aumento de la urbana (15).

(14) Melón, Amando: *Censo de...* *Ibíd.* Véase, del mismo autor, *Segundo Coloquio sobre Geografía*. Madrid, Estudios Geográficos, número 95, mayo 1964.

(15) Véase Abascal, Angel: *La evolución de la población urbana española en la primera mitad del siglo XX*. Zaragoza, Geographica, núms. 9-12, enero-diciembre 1956. Este trabajo constituye una aportación interesante a nuestra geografía urbana, en el que se dibuja, con gran precisión científica, el cuadro de nuestras ciudades en 1950. Según los cálculos de Abascal, el aumento entre 1900 y 1950 de la población española fué del 50,4 por 100; descontadas las capitales, fué del 31,1, y teniendo sólo en cuenta a éstas, del 145,6 por 100. La población de los núcleos estadísticamente rurales (menores de 10.000 habitantes) era, en 1900, el 68,22 por 100 de la total, y en 1950 el 48,17.

Pero a partir de 1950 ciertos matices de este fenómeno sufren un cambio respecto al período anterior; así, mientras en el decenio 1940-50 sólo aparecía un descenso considerable de población rural en las áreas de habitat disperso de la España húmeda y en las provincias cuya capital experimentaba un proceso de industrialización—como Vizcaya o Barcelona, por ejemplo—, en razón de la pérdida en estas zonas del carácter rural, sustituido cada vez más por una economía fabril, al mediar la centuria se inicia un período en el que aquellos rasgos cobran más alta intensidad y una mayor difusión espacial. Sin contar la emigración al resto de Europa, dentro de la Península el despoblamiento del campo afecta con vigor desde entonces también a toda la Meseta, Extremadura y los valles del Guadalquivir y del Ebro, no en beneficio sólo de sus ciudades inmediatas—en las que aparece con diversa intensidad, tanto en las capitales como en otros núcleos urbanos sin este carácter, un visible incremento relativo—, sino de las áreas desarrolladas y absorbentes de la periferia Norte y Este y el núcleo madrileño: la emigración campesina se hace interregional e intensa; toda la superficie española se ve afectada por el fenómeno, y grandes masas de nuestra población sufren sus consecuencias. Como resultado, la expansión urbana adquiere una magnitud considerable, las ciudades se transforman, las aglomeraciones se densifican, crecen y potencian y el fenómeno del anexionismo—esa peculiar fagocitosis de las grandes urbes—comienza como preludio de ese otro contagio y dominio activos que conocemos con el nombre de urbanización.

* * *

Nuestros suelos rezuman historia, vida y labor viejas e ininterrumpidas. La geografía agraria española sólo es comprensible a partir de un análisis complejo, largo y profundo de su pasado; pero intentar hacerlo ahora sería alejarnos de nuestro breve propósito descriptivo; renunciemos con ello a explicarnos nuestros campos verdaderamente y somos conscientes de esta mutilación; prescindiremos ahora, pues,

de entender qué es o puede ser la tierra de Castilla, de Cataluña o de Andalucía y procuraremos sólo trazar algunos de los rasgos que dibujan su perfil campesino.

En primer lugar, hagamos una aproximación a sus más sobresalientes particularidades económicas. Antes he mencionado la propiedad de la tierra. Su distribución, según el Catastro de Rústica (año 1961), aporta datos como los siguientes: mientras el 53,51 por 100 de la tierra pertenece al 0,86 por 100 de los propietarios, el 18,96 de aquélla se reparte entre el 91,59 por 100 de éstos. Las grandes propiedades se concentran principalmente en Extremadura, Andalucía, zona meridional de la Meseta Sur y provincia de Salamanca; sus consecuencias son (16): el carácter extensivo de los cultivos, un fuerte desequilibrio en la distribución de la renta, la evasión del ahorro y el bajo nivel de inversiones, el analfabetismo y otros resultados sociales y políticos de aún mayor envergadura; factores que están en relación con un hecho que señaló García Fernández: "En las regiones en donde las grandes unidades de explotación ocupan desde siglos una proporción considerable del terrazgo se ha acumulado por lenta sedimentación demográfica una gran cantidad de obreros agrícolas, en número superior a las necesidades normales de trabajo; por lo cual, muchos, la mayor parte, son obreros eventuales. Dado el carácter cíclico de las labores del campo, experimentan períodos de paro más o menos largos, que no son compensados por los elevados jornales en la época de la recolección. La consecuencia es un nivel de ingresos muy bajo y una masa grande de emigrantes en potencia. Algo análogo ocurre con las regiones en las que predomina la pequeña propiedad. La fragmentación, que se ha realizado en las unidades de explotación, ha dado lugar a que muchas de ellas sean insuficientes para proporcionar el equivalente de un salario a todos los miembros de la familia. La miseria en estos casos es una solución, mientras no existe la posibilidad de emigrar a otro lugar en busca de un trabajo más productivo. En muchos casos se previene

la miseria adoptando este último recurso a tiempo" (17).

La pequeña propiedad, también muy extendida, comporta inconvenientes como insuficiente capacidad económica y financiera de la explotación, tiempo improductivo, pérdida de superficie útil, imposibilidad de una mecanización integral y de una lucha racional contra la erosión y las plagas, y dificultad para la puesta en regadío. "Las consecuencias sociológicas y políticas no son menos graves que en el caso del latifundio: una agricultura rutinaria, predominantemente cerealista y leguminosa, un nivel cultural bajísimo, unos municipios raquíticos y carentes de los servicios más esenciales. "Por otro lado, hay que tener en cuenta que más de la mitad de los propietarios de tierras tienen éstas en arrendamiento o aparcería; sumado a todo lo anterior y relacionado con la fragmentación de la propiedad, el "bajo nivel de capitalización en las explotaciones agrícolas", explica la deficiente tecnificación del trabajo campesino (18).

Las condiciones materiales de vida en el campo son generalmente deficientes. Una encuesta realizada por el Servicio Sindical de Estadística en los municipios que no superan los 3.000 habitantes, ha aportado datos interesantes en este sentido (19): en principio las zonas con más alto índice de ruralidad presentan un mayor porcentaje de despoblamiento. "En el decenio 1950-60 el crecimiento de población de toda España fué de 8,77 por 100, el de los municipios de más de 3.000 habitantes, de 8,35; el de las capitales de provincia, de 21,79, y los municipios de menos de 3.000 perdieron 376.623 habitantes (5,82 por 100), que en los núcleos de menos de 100 llega a 70,6 por 100. Esta despoblación, resultado de la emigración de los jóvenes a la ciudad, ha tenido su reflejo en la dimensión de las familias rurales, que en los municipios investigados es de 3,5 miembros, en tanto que la media de España es de 4". "Los mu-

(17) García Fernández, Jesús: *El movimiento migratorio...* *Ibíd.*

(18) Véase Tamames, Ramón: *Problemas...* *Ibíd.*

(19) Véase Terán, Manuel de: *Niveles de vida en el campo español*. Madrid, Estudios Geográficos, núm. 93, noviembre 1963.

(16) Véase Tamames, Ramón: *Problemas...* *Ibíd.*

nicipios menores y peor dotados de servicios son los que se despueblan, mientras que los mejor dotados conservan su población o la acrecientan." Sólo el 2,6 por 100 de ellos carece de electricidad, pero el 70 por 100 está privado de traída de aguas; el 34,5 por 100 de las familias posee radio y el 0,8 televisión; el porcentaje de teléfonos es de 3,8; sala de cinematógrafos posee el 41 por 100 de los municipios; lavadora mecánica 4,7 de cada 100 familias; bicicleta, 28,1; motocicleta, 6,4; automóvil, 1,1. Carecen del hábito de la compra diaria del periódico el 91,9 por 100 de las familias, radicando en la zona meridional española el menor número de adquisiciones. En general, podemos afirmar que estos núcleos de población rural están visiblemente infradotados. Hablar de las condiciones de las viviendas, los servicios o el confort de nuestras aldeas—sin necesidad de recurrir a ejemplos de las muchas "hurdes" extendidas por el mapa peninsular—requiere siempre partir de un supuesto básico: su constitutiva deficiencia. Como es lógico, los índices más altos de nivel de vida rural coinciden con las provincias más favorecidas que antes señalamos: Guipúzcoa, Navarra, Barcelona, Alava y Vizcaya.

Corremos el peligro siempre que pensamos en el mundo rural de olvidarnos de nuestra periferia peninsular, de las zonas marítimas. Estas experimentan hoy día grandes transformaciones al Este y Sur por el desarrollo del turismo y al Norte por el de la industria; sólo los pueblos pesqueros más marginales continúan con sus viejas formas de vida—ásperas por lo general—, que poseen una intensa peculiaridad y se distancian notablemente de las campesinas, debido a que su profesión origina un género de vida singular, configurándoles en grupos muy diferenciados; a veces, en un pueblo costero pueden coexistir dos comunidades sin apenas relación entre sí: una pesquera, de cara al mar y de espaldas a la tierra, y otra agrícola, a la inversa (20).

Creo oportuno, por todo lo dicho, bosquejar, aun-

(20) Un estudio interesante sobre este fenómeno es el trabajo de Magdalena Rodríguez Alfageme: *Lastres y luces. Estudio comparado de la estructura social y económica de un pueblo pesquero y otro agrícola del litoral asturiano*. Madrid, Estudios Geográficos, número 89, noviembre 1962.

que sea elementalmente y de modo muy general, la figura del joven campesino, protagonista principal de la emigración, como forma peculiar de su reacción frente a la tierra, de esa vivencia actual del campo como negación. En un libro recientemente publicado se han aportado algunos datos sobre una encuesta realizada entre la juventud española que pueden ser útiles (21); en principio, la clasificación de los encuestados en tres grupos es ya expresiva: campesinos, estudiantes y trabajadores, como división entre el ámbito rural, los primeros, y el urbano, los dos últimos. El hecho de que se prescinda en el medio rural de la distinción entre estudiantes y trabajadores como inexistente, señala claramente la ausencia de los primeros: en el campo no se estudia; es exclusivo de las ciudades.

De las respuestas de la encuesta se deduce que los jóvenes se inscriben en clases sociales inmóviles, procedentes de los *status* paternos, tanto en lo económico como en lo cultural, hecho del que aquéllos, en gran parte, tienen perfecta conciencia, al prever para su futuro hogar un nivel idéntico al de sus padres (campesinos, 65 por 100); éstos calculan sus futuros ingresos en un 71 por 100 entre las 0 y 3.000

(21) Lora Soria, Cecilio de: *Juventud española actual*. Madrid, E.P.E.S.A., 1965. El artículo antes aludido de Amando de Miguel ("Estructura social y juventud...") constituye el primero—y único publicado por ahora—de una serie que este autor piensa dedicar, aprovechando los resultados de la misma encuesta utilizada por Lora, al análisis sociológico de nuestra juventud actual; al lector interesado recomiendo la lectura de este breve y sugestivo trabajo, de calidad superior al libro primeramente citado. Aporta de Miguel en su estudio, al encuadrar nuestra juventud, fuertemente diferenciada en clases, regiones, ámbitos y también en sexos, datos como los siguientes: la renta familiar mensual, según *status* personal, en pesetas, da una media entre varones estudiantes de 4.040 (11.850 los universitarios solos), entre los trabajadores urbanos de 3.469 (2.857 los peones) y de 2.532 entre los campesinos; la desigualdad del reparto de la renta familiar es fuerte: "un 42 por 100 de la población no cuenta más que con un 16 por 100 de la renta, mientras que en el otro extremo, menos de la décima parte de la población, cuenta con casi la tercera parte de la riqueza". En las zonas industrializadas la distribución es más equitativa y elevada que en las restantes. Un indicador de nivel de vida evidente es la posesión de retrete en la vivienda; 100 por 100 entre los universitarios, 84 por 100 en los obreros cualificados, 82 por 100 en los peones industriales, 65 por 100 en los campesinos propietarios y 38 por 100 entre los braceros; otro indicador es la instalación de servicio de agua caliente: universitarios, 68 por 100; empleados, 62 por 100; subalternos, 34 por 100; obreros calificados, 18 por 100; peones industriales, 11 por 100; campesinos, 4 por 100. Respecto al teléfono señala De Miguel una diferencia "desde un 75 por 100 en los universitarios a un 4 por 100 en los campesinos".

pesetas mensuales, y ninguno sueña en alcanzar las 15.000 pesetas, índice de expectativas realmente precario. Muy unido a la figura del padre, el joven campesino, en contraste con el urbano, se desvincula en mayor medida de la madre—cuya incultura es alta y generalizada en los dos sectores—debido al carácter patriarcal de la familia rural. La mujer, como luego veremos, tiene un papel muy restringido en la vida campesina. Así, las cualidades de la novia ideal para este joven son elementalmente funcionales: amante del hogar, atractivo físico y buena salud; en contraste, el joven urbano da mucho más valor a cualidades sentimentales, al carácter y la educación. También, aunque en menor grado, la posición económica es más valuada por los campesinos; éstos son más partidarios que el obrero de ciudad del trabajo en la mujer, pero están de acuerdo con él (41 y 40 por 100, respectivamente) en negarle los mismos derechos del hombre. Sus amistades se hacen en pandilla, con las que callejean o se reúnen en casa; la amistad está en razón de la pertenencia a los mismos niveles sociales: en el 75 por 100 de los casos, en el campo, hay igualdad económica; la comunidad de ideas como vínculo sólo parece referida al deporte, mientras las disconformidades en política no representan ningún papel, por no plantearseles siquiera este tema. Las amistades femeninas son de menos frecuencia y variedad en el campo: el pueblo constituye la cerrada y única área que las determina; la calle—la vitalidad de la calle española—es el ámbito de esta relación. La edad programada para el matrimonio comienza tempranamente, a los veintiún años. Su pretensión ideal estriba en ser propietario y tener trabajo, vagamente, sin precisiones—con tenerlo basta—junto a una desorientación general ampliamente extendida: también aparece una sombría carencia de ideal desalentadora; la confianza en poder realizarlo es, por otro lado, muy escasa. Para franquear las barreras sociales, el campesino, principalmente, confía en la "buena suerte" y, como el obrero, piensa que son básicos el dinero y la posición para poder situarse.

La escasa compra y menor lectura diaria de periódicos en la familia, la débil frecuencia de asistencia

al cine matizan su minúsculo contacto con el exterior. Su gusto, en este último caso, se diferencia bastante del que tiene el joven urbano; las películas españolas y mejicanas, las de tema amoroso—o la carencia de criterio—son de preferencia exclusivamente rural, mientras las inglesas o de tema psicológico e histórico son únicamente gustadas por los urbanos.

La ausencia total de interés por la política alcanza la cifra del 64 por 100 de jóvenes rurales. Apenas conocen asociaciones de cualquier tipo y su actitud ante ellas es de indiferencia o sentimiento de necesidad. Ante la integración de España en Europa las respuestas fueron: estudiantes, "debe integrarse" (58 por 100); trabajadores, "debe integrarse" (41 por 100), "no sé" (37 por 100); campesinos, "no sé" (56 por 100). Las actitudes son elocuentes. La desorientación del joven rural aumenta notablemente ante otras cuestiones de este tipo. La figura ideal para nuestro campesino es, en principio, muy indefinida, pero dentro de esta indefinición su orden de preferencias empieza por los artistas de cine, toreros y deportistas y sigue con la figura del padre; la del político de derechas tiene en él un atractivo superior que en los jóvenes urbanos, a la inversa del ideal del sabio y el escritor.

Como se ve, el ámbito en que radica le conforma poderosamente con sus peculiaridades; es necesario entender que su rebelión frente al campo significa necesariamente no sólo la búsqueda de una nueva forma de trabajo, sino una rebelión frente a su forma de vida, contra lo que él mismo es como campesino, contra su condición de tal: contra ese *modo de ser* a que anteriormente me referí. Si bien es cierto que la situación en que se encuentra puede serle ampliamente insatisfactoria, no menos lo es que la siente de modo inmediato, como un descontento referido a toda su condición rural, que se le presenta cerrada y estéril. De ahí su desadaptación a la tierra en favor de la otra forma de vida, la urbana. Un ejemplo sumamente vivo de este fenómeno es el estudiado por María Jesús Garrido en la Mesa de Ocaña, en Toledo, entre la mujer campesina (22) en

(22) Garrido, María Jesús: *La mujer rural*. Madrid, Publicaciones Españolas, 1962.

proceso de desadaptación, en la que se aprecia "un complejo de inferioridad respecto a la mujer de la capital" y "un deseo de salir del pueblo sin precisar por qué ni hacia dónde". En cuanto a la vida familiar y de trabajo, se encuentran las siguientes causas de desadaptación: "la falta de participación en la vida familiar", la "falta de libertad y de responsabilidad", "un trabajo excesivamente duro y poco remunerado", "un trabajo duro y poco productivo en la casa", "pocas posibilidades de matrimonio". En la vida de relación social, diversiones y cultura, aparecen una "falta de vida de relaciones sociales"; "entre las chicas jóvenes, falta de relación con los muchachos"; "entre las mujeres casadas, falta de participación en la vida de sociedad"; "falta de ratos de ocio legítimos"; carencia de "posibilidades de superación cultural ni de nivel de vida"; no utilización de las diversiones existentes, cuyo repertorio es muy limitado, "como medio de relación social, de elevación cultural y humana"; ausencia de participación o de "posibilidades de participar en la vida del municipio". Respecto a la vida religiosa, la existencia de "una religión tradicionalista y no vital, más semejante a sentimientos supersticiosos que auténticamente religiosos", una religiosidad centrada en lo "moral", ajena a lo "trascendente", que cierra horizontes y aporta una "falsa resignación" ante la vida, "aceptando situaciones injustas o infrahumanas sin ningún afán de superación". La disconformidad con este mundo, que fosiliza su tradicional y potente riqueza vital, con este alvéolo del que se es parte, del que uno está hecho, es justamente el drama doblemente afilado de la desadaptación campesina. Un problema es tal, porque implica solución; el problema del campo no contradice esta regla. Ahora bien: sí exige que su solución esté precisamente en el campo, no fuera de él: éste es el mayor equívoco—o la mayor evasiva—actual de la situación española.

III

Nuestra intensa y dilatada historia urbana—o, si se prefiere, nuestra historia a secas—ha quedado

morfológica y monumentalmente grabada en muchas ciudades hasta hoy y en otras aparece como una firme base de vida social madurada y curada por el tiempo. En todas nuestras ciudades su centro o columna vertebral (plaza o calle mayor en las pequeñas o red de arterias y encrucijadas en las grandes) está dotado de una especial vitalidad. Ciudades que son, "antes que otra cosa, convivencia, presencia, compañía..., conversación"; en ese centro es donde "la ciudad entera se hace presente a sí misma" (23).

Son ciudades históricas, de origen más o menos remoto, y de ellas podríamos hacer en la actualidad una clasificación en fósiles, vivas y grandes urbes. Habría que añadir a éstas otros fenómenos recientes, como las áreas metropolitanas y turísticas, paisajes también urbanos, pero no "ciudades".

Chueca ha señalado que hoy el hombre no crea su ciudad a raíz de sus formas de vida, emanada y nacida de ellas, no la hace como resultado de su modo de ser comunitario; es un producto de la técnica, que la ofrece ya hecha según sus patrones a la colectividad humana: "el hombre no la segrega, como la abeja su panal, en el curso de la historia". Su aspecto indiferenciado revela su masificación, en razón de su rápido crecimiento, la funcionalización imperiosa con que se la concibe; el estilo de una ciudad—revelador del espíritu de la sociedad que la crea—indica la sistemática tiranía de los técnicos—y tantas veces sólo técnicos de la construcción y el negocio, y no de la ciencia social—. En sus manos, "la ciudad, abstracta y uniforme—dice Chueca—se despersonaliza bajo la presión de los *standards* universales". Así aparece, por ejemplo, la "incoherencia" urbana madrileña, que repercute en la vitalidad social de la villa. Hace cuarenta años se vivía aún en España en ciudades viejas; hoy empieza a dejar de ocurrir y la nueva ciudad aparece como una trama condicionante e impuesta a la población urbana y no como algo resumado de ella (24).

(23) Marías, Julián: *La estructura social*. Madrid, S.E.P., 1955.

(24) Chueca Goitia, Fernando: *La transformación de la ciudad*. Madrid, Revista de Occidente, noviembre-diciembre 1963, núms. 8-9.

En contraste con este hecho, hay ciudades históricas nuestras que se han fosilizado lentamente, como Avila; otras, cascarones monumentales, ciudades que llegaron a ser nada más que un puro museo, como Toledo, Segovia, empiezan hoy a revitalizarse bajo la irradiación de Madrid y gracias a su potencial turístico; alguna otra—Guadalajara—fue desecada por la capital y se ruralizó para luego renacer por un impulso posterior dado desde ésta; las hay también marginales, como Cuenca, de vida exclusivamente local, o Soria, o Burgos en menor medida.

Estos son los dos casos extremos en nuestro panorama urbano. La mayor variedad en carácter funcional y estilo de vida aparece en las múltiples ciudades vivas de la Península. Su papel ha sido la mayor parte de las veces comarcal o regional y, cuando más, de enlace interregional; su población no ha sido muy grande y se diferenciaban más por su género de vida y función que por otra cosa; era norma constante su equilibrio con el campo que las rodeaba, del que se servían y al que servían. La cohesión de la sociedad urbana—de cada ciudad—era enorme, incluso excesivamente rígida, inmóvil, carente de flexibilidad; la personalidad y la peculiaridad social tenían acentos muy marcados. La falta de movilidad geográfica y el aislamiento contribuían a ello; ningún cambio social les alteraba. Las familias pertenecían a la ciudad generalmente desde siglos y su vida transcurría apenas sin trasponer sus afueras. Un cambio brusco ha tenido lugar en nuestros años: la inmovilidad se ha roto, grandes masas de inmigrantes llegan a las ciudades, las industrias se instalan en ellas, los ensanches se multiplican, la mejoría de los transportes facilita sus relaciones exteriores y su expansión interna y redes de ciudades entran en contacto; por ejemplo, la equilibrada, local, foral y casi autónoma Pamplona empieza a comunicar el valle del Ebro con la red vasca; ésta propaga su urbanización, la extiende de Bilbao, saturada, a Vitoria, que crece y en pocos años muda totalmente de condición..., aquella zona entra en un vigoroso sistema de relaciones entre la periferia, el valle y la meseta; en fin,

Pamplona adquiere una decisiva función externa, se desarrolla e industrializa y sus relaciones se difunden en ampliación progresiva.

Los contrastes se hacen más agudos entre el interior y la periferia, más desarrollada: Barcelona y Jaén, Bilbao y Zamora; sólo Madrid, artificial, política, de función nacional y no regional, se agiganta a un ritmo que incluso supera a las ciudades en principio industriales, no tardando mucho tiempo en adquirir también este carácter.

Areas totalmente artificiales se han urbanizado sobre los paisajes naturales para albergar al turista y explotar el turismo de forma inundatoria; las costas soleadas españolas que atrajeron a los primeros viajeros no se reconocen: estas áreas urbanas son algo absolutamente nuevo, un contagio canceroso de la ciudad, una pura morfología carente de vida ciudadana.

No poseo espacio aquí para detallar estos fenómenos con precisión ni para trazar la red jerárquica de nuestro mapa urbano. Por ello, me limito a señalar el hecho que me parece más fundamental: las ciudades españolas han sufrido un cambio estructural en el último decenio de un vigor que nunca habían conocido; apreciamos cambios morfológicos y funcionales de gran envergadura, pero creo necesario recordar que nunca se dan éstos sin cambios sociales de igual medida, pues es algo que parece olvidarse habitualmente. Es difícil señalar hoy las dimensiones y cualidades de estos cambios y por eso, precisamente, exigen una atención mayor, y, desde luego, muy superior a la que se les otorga. Nuestra sociedad hoy es otra, y tan otra como nunca lo fue en tan escaso tiempo de cambio; nuevas fuerzas pliegan y encabalgan, donde son flexibles, los sedimentos sociales de largos siglos y astillan las rígidas formas petrificadas. La comprensión de este hecho es algo absolutamente necesario para entendernos hoy a nosotros mismos.

Acabo por donde empecé: la ciudad nació del campo; sólo una vigorosa vida agraria pudo inventar o soportar a la urbana. ¿Estaremos agotando el margen de soportabilidad de nuestro campo?

